

EL SUEÑO DE LA ESPADA

MANUEL SÁNCHEZ G.

EL SUEÑO DE LA ESPADA



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición impresa: noviembre de 2023
Primera edición en e-book: noviembre de 2023

© Manuel Sánchez García, 2023
© de la presente edición: Edhasa, 2023
Diputación, 262, 2ª1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4937-5

Depósito legal: B 18949-2023

Producido en España

A Suni, por tanto, por todo.

CAPÍTULO PRIMERO

DE CÓMO VISITÓ MI CASA UN ILUSTRE CABALLERO Y DE CUÁNTO NOS CONTAMOS

A la sazón despuntaba el día y, con su luz, al fin parecían despejarse los pesares que se habían adueñado de mi alma con las tinieblas. Mucho había compuesto mi mente aquella noche acerca de en cuántos agravios y aconteceres no habría confiado mi persona al brillo del acero, como para sentir la mano pesada y pensar quién era yo para arrebatarse la vida de sus cuerpos a mis desafortunados contendientes. Ciertamente es que la lid siempre había requerido su vida o la mía; pero ¿con qué derecho tuvo que ser así la decisión de la muerte, mi sombría aliada?, ¿acaso ellos no eran también hijos de una madre...? Y por la disputa de un palmo de terreno, el favor de una dama, el honor de la victoria o la simple gallardía del atrevimiento, sus cuerpos yacían bajo tierra. Tal vez su vida pasó a mejores, pero juzgaba a mi suerte por haberme convertido en el brazo ejecutor de sus destinos.

Con una mano sobre mi espada y la otra sujetando las riendas, tras subir un repecho, vino a mis ojos Toledo. Detuve la marcha para contemplar el amanecer que jugaba con el paisaje con su bruma matinal. Como imaginarios fantasmas, el Alcázar, la torre de la catedral, el castillo de San Servando y un intrincado de tejados, campanarios y

muralla aparecían y desaparecían ante mi vista por momentos. Esa Toledo, ciudad principal, era también para mí un gran camposanto de rivales con heridas de yerro.

Cuando la niebla comenzaba a desvanecerse, decidí regresar al mayorazgo. Para ello, quiso el capricho que no siguiera un rumbo cierto hasta que llegué al camino de Sonseca, donde pude ver con discreción algo determinante para este relato. Un hombre marchaba en dirección sur y, desde el barranco que dan en llamar de La Degollada, tres jinetes amanecieron como el día; con lentitud. Ora dejábanse ver, ora no. Comoquiera que no me pareció claro el asunto, aligeré el paso y me dirigí hacia allí; al fin y a la postre, no me desviaba de mi trayecto. Cuando estuve cerca pude ver y escuchar con sigilo:

–Reconozca vuesa merced que está solo y viejo.

–¡Sobre todo viejo!

Un coro de risas bellacas recorrió el aire.

–*Ansí* que denos la bolsa y quede en paz, o por estos pagos se verá la sangre.

–Amén de villanos, que no es poco –respondió el asaltado, que parecía caballero–, necios como borricos sois, y hacéis de ello exhibición innecesaria, pues a la legua se ve que sólo sois canalla. ¿No veis, acaso, que cerca de Toledo estamos y que por mucho que huyáis no escaparéis de la Justicia?

–¡Basta ya de palabrería! –exclamó, indignado, uno.

–¡Que deje de graznar el grajo! –añadió otro.

–¡Venga, grajo! ¡Que brille la plata o lo hará tu calavera! –culminó el tercero.

–¡Voto a que, si queréis brillo, tendréis el de mi acero! –Desnudó la espada el caballero–. ¡Escribiros con mi estoque quiero, en mitad de vuestro rostro, la postrera poesía que verán los vuestros ojos! ¡Ea, pues, venid!

Aquellos bandidos quedaron enmudecidos de pronto, y llegué a convencerme de que habíanse amedrentado por el valor de ánimo y el verbo de aquel peculiar caballero. Pero no fue espanto, sino sorpresa, lo que produjo esa reacción, pues estallaron en risa. Y, cuando ésta acalló, iniciaron un lenguaje de gestos, gruñidos y miradas, con el que hicieron concierto para rodear a su presa.

No pude aguantar más contemplación ante situación tan desigual y decidí tomar parte en la disputa, convencido de que todo acabaría sin saltar testa de cuerpo.

—¡Saludos os doy! —los sorprendí—. Desde lejos que vi brillar un arma y comoquiera que parece que tres más, sean espadas, hoces o dagas, van a aflorar, vengo dispuesto a mostraros la mía, que goza de fama de ser hermosa. Tanto es así que, en lugar de mi nombre, hay quien me conoce por «el de la bella espada».

Dos de los bandidos estaban ya prestos a dirigirse a mí cuando el mayor dellos extendió un brazo para ordenar que se detuvieran.

—¿Cuál es vuestro nombre? —me preguntó, curioso.

—Alonso de Yáñez —añadí mientras desenvainaba—, y mi espada, aunque bautizada en mil sangres, aún no tiene nombre.

Los mismos dos bandidos de antes volvieron a hacer ademán de atacarme. Mientras se aproximaban, musitaban mi nombre y una suerte de destrozos y jirones en los que decían que iba a quedar mi cuerpo por obra de sus manos, cuando el más mayor, de nuevo, los refrenó y volvió a dirigirse a mí:

—No tiene nombre ni precio, señor, pero no podemos seguir por más tiempo aquí parados haciendo chanzas, ni compitiendo en armas con vuesa merced, pues nuestro trabajo anda descuidado. Con Dios os dejo, ilustres caballeros.

Con notable prisa emplazó a los otros dos a retirarse; éstos mostraban no salir de su asombro ante tal cambio de opinión tan súbito y protestaron. Él les respondió: «Callad y andando, que sé lo que me hago».

Solos quedamos el caballero que sufrió el asalto y yo. Aquel mirábame, no sabiendo yo si para bien o para mal. Su semblante era entre desafiante y triste, la edad madura, unas pequeñas lentes cabalgaban sobre su nariz considerable, la melena corta y el porte notable pese a su aspecto, que mostraba a un hombre poco agraciado. Su capa dejaba ver sobre su pecho un asomo de cruz de Santiago. Aproveché que envainaba su espada para romper el silencio:

–¿Encuétrase bien vuesa merced?

–Una vida entera llevo buscando, unas veces hallo bien y otras con dificultad, pues costoso es encontrarse incluso a uno mismo. Lo que ora siento, ¿Alonso es vuestro nombre? –asentí–, lo que ora me desgarras, don Alonso, es que me habéis hecho sentir humillado, ridículo y cansado.

–¿Yo, señor? –expresé con asombro.

–Una parte de mi malestar es por causa de esos villanos, que en apurada situación me comprometieron, ¡y vive Dios que mal me vi!, o bien visto, pero en sepultura. La otra parte es debida a vuesa merced, que más me ofendió con su aparición. Vuestro porte y gallardía, amén de vuestro nombre, parece que bastara para que mi figura fuera ignorada. La debilidad de los años y mi desigual imagen fueron remarcadas, para mayor mofa, por el contraste de vuestro aplomo.

–Os ruego, señor, me disculpéis. No fue mi intención –me excusé con sinceridad extrema.

–No debéis justificaros. No debe penar el mito por serlo, ni acaso por sus acciones; pues ejemplo son de bondad y maldad para el que las entendiere, reflexión del hom-

bre de bien e inspiración de los artistas. Mi dolor es mío, Alonso, y si esos bandidos no lleváronse mi bolsa, no tendrá vuesa merced que desplumarme de dolores. Sólo os debo gratitud por vuestro socorro.

Acercó su montura a la mía y nos estrechamos las manos. A decir verdad, aún no sé si lo suyo era enojo, congoja o calor de amigo. Llegué a preguntarme si aquel caballero no estaría ido, pero su discurso me resultó harto juicioso. Más parecía que sus palabras fueran las de un hombre sensible; es decir, ¿un poeta?

–¿Cómo os llamáis?

–Francisco de Quevedo.

–¡Válgame el cielo! Si sois quien creo que sois, he oído mucho de vuesa merced.

–¡Seguro que para mal! ¡Son tantos los que me desprecian! Y justo es que yo desprecie a tantos.

–Vuesa merced es –proseguí, casi ignorando sus palabras– el que fuera nombrado secretario del rey por el propio Felipe Cuarto, más tarde consejero del Duque de Osuna.

–¡Que en gloria esté! –exclamó, acallando mi torpe discurso–. Pero no mencionéis su nombre, Alonso, que el camino ya está transitado y bien sabréis que cayó en desgracia. Sí, yo soy el Quevedo que creéis que soy.

Ésa fue la primera vez que vi su rostro sonreír. Aunque aquella cara no parecía hecha para semejante adorno, pareciome reconfortante que ocurriera.

Rogué que me permitiera ofrecerle hospitalidad y agasajarle el vientre con mis humildes viandas. Ante ese ofrecimiento preguntó: «¿Tenéis vino?». Al afirmar, apostilló un contundente: «Sea». Por el camino mostró interés en conocer mi origen y condición; cosa que no era muy de mi agrado, puesto que se me antojaba que pretendía

con ello indagar si mi sangre era limpia y nunca fue éste un tema sobre el que fuera de mi gusto preguntar ni responder. Además, sentía un gran deseo porque fuera aquel hombre el que contara cosas de cuantas supiera. Mas me plegué a su interés y le puse al tanto de lo solicitado.

—Mi nombre es Alonso de Yáñez y Zúñiga.

—¿Habéis dicho Zúñiga? —exclamó, mientras tiraba de la rienda.

—Sí, señor.

—¿Sois allegado del difunto Baltasar de Zúñiga o del mismísimo Conde Duque, su sobrino?

—No, don Francisco. Nada me une, que yo sepa, a esos ilustres señores ni a su linaje. Os contaré.

Con un aire más reposado proseguimos la marcha.

—Mi padre fue un hombre de armas leal y voluntarioso, gozando así del favor de sus superiores. Llegó un día que uno de ellos fue designado como corregidor en Nueva España. Comoquiera que mi padre contaba con su simpatía y sabía leer y escribir con notable precisión, marchó con él a título de secretario. Mi madre era Clotilde de Zúñiga y Castro-Valiente; al parecer, sobrina del virrey. Como podéis imaginar, una boda semejante, a pesar del prestigio que mi padre había alcanzado por sus servicios y honorabilidad, no recibió el consentimiento de tan alta familia y fue rechazada de forma contundente. A consecuencia dello, mi madre escapó de su casa y del cuidado de sus padres para fugarse con mi padre, siendo cómplice una criada. La familia del virrey dio a mi madre por perdida y no volvió a haber trato entre ellos. Es por esto por lo que no alcanzo a saber si soy allegado de ese Baltasar de Zúñiga que me decís.

Según penetrábamos en las tierras de mi mayorazgo, fue interesándose don Francisco en ciertos detalles acerca de

tal o cual porción cultivada o no, y del rendimiento que se obtenía. No creo equivocarme si digo que adivinó que aquello no debía enriquecer gran cosa a su dueño. Además de advertir que mi pericia era escasa en gobernar estos menesteres y que tampoco tenía capacidad para administrarla.

La propiedad sobre la que se asienta mi morada es sencilla y orgullosa. Se compone de tres cuerpos de casa rodeados por un tapial. Uno de ellos lo constituye mi propia vivienda; otro, más pequeño, es para la familia que cuida y trabaja mis pertenencias, y, por último, están las cuadras. En el centro se yerguen, frondosos, unos pinos centenarios junto a un bebedero para las bestias y un pozo. Justo descabalgábamos cuando oímos la voz de Francesc:

—¿De dónde viene tan temprano? Llegué a pensar que nos habían robado vuestro caballo, pues lo tenía por acostado a *vostra* merced.

Francesc, como era habitual en él, no tenía la necesaria discreción como para disimular su malestar, ni para andar con cumplidos o adornos, aunque sólo fuera por cuidar las formas ante un invitado. Don Francisco tampoco disimuló ante tamaña intromisión por retaguardia. Sin mediar ninguna respuesta, me limité a decirle:

—Hoy tenemos un invitado a almorzar.

—¿Ha dicho a *esmorzar*? —replicó, extrañado, mi criado.

—Sí, a almorzar. Así que dile a tu mujer que nos vaya preparando alguna vianda con los aderezos que sea menester, que hoy tenemos a un alto personaje a quien agasajar.

—Pero, señor, *senyor*... —me replicó, suplicante.

—No hay más que hablar —despaché.

Cuando entramos en el interior de mi casa, toda mi ansia por conocer de don Francisco se tornó en turbación. Y es que al pronto dime cuenta de estar allí a solas con un

caballero principal que había tenido tratos con su majestad. Vive el cielo que deseé en ese momento haberme mordido la lengua antes de haber ofrecido aquella invitación. Pero también despertaba mi curiosidad que un hombre entendido como era él pudiera contarme cómo es el rey, qué acostumbra a suceder en la corte, cómo se dirigen los destinos del Imperio, incluso cómo hacía para escribir sus obras. En cambio, allí estaba yo hablando de mis padres o de los cultivos; y agora en un tenso silencio, para mí, al menos. Además, para mayor mofa de mi duda, su oratoria era extensa y mordaz; mientras que la mía sólo dominaba la lengua de la espada y acaso defendíame en el hablar amoroso. Así que me preguntaba qué habría de ofrecelle a este espadachín de la lengua. El Altísimo debió de compadecerse de mis fugaces pesares favoreciendo que fuera él quien abriera camino en la plática.

—¿Cómo podéis permitir que se dirija el casero a vuestra merced de semejante modo? Hasta mi caballo sabe cuándo debe relinchar y cuándo guardar silencio. Antojóseme que erais hombre bizarro, sabedor de cuánto y qué queréis de los demás, a fe de cómo tratasteis a los bandidos.

—No os falta razón —afirmé sin ocultar una sonrisa—. Entre sus muchas virtudes no está la discreción. Pero, si me dan a elegir, me quedo con sus valores. Él es, sin duda, quien obtiene mis pocas ganancias y su familia mantiene la vida de todo cuanto veis, incluido a mí. ¡Bien sabéis que con la espada no se come, no se cultiva, ni se espantan las suciedades!

—Al menos, Alonso —me dijo con gravedad—, dirigiréis cuanto él haga... o deshaga.

—Si eso os tranquilizara, os diré que finjo hacerlo. Pero estoy convencido de saber menos que él de sus asuntos. Tampoco puedo estar dispuesto para aprender de él,

pues habría de ser su discípulo y, en tanto, sentiría poder sobre mí. Así resulta que permito que Francesc disponga y, de cuando en cuando, me opongo en pos de que no crea que sólo regirá su voluntad. Es fiel, honesto y aplicado..., ¿qué más puede pedirse de un sirviente? ¿Prefiere vuesa merced un caballo que sólo sepa relinchar a tiempo o bien una montura que responda a las órdenes y nunca os deje en la estacada, pese a que hágase notar con sus sonidos?

Don Francisco, en mi parecer, se encontró más acomodado cuando comencé con este comentario a mostrarme disconforme, que, al comienzo de nuestro encuentro, cuando pretendí ser cortés y un punto solícito. Era evidente que mi convidado prefería la crítica a la adulación, sin lugar a duda; y de su rostro pareció fluir un asomo de acercamiento. El sol que entraba por la ventana resaltaba las arrugas de su rostro y hacía que pareciera aún más viejo, surcado de oscuros rincones del pasado, como renglones emborronados y jamás impresos. Los rayos solares sacaban brillo a su pelo, a sus bucles enredados en direcciones opuestas. Y con ese resultado visual imaginé que ese mar de cabellos pudiera tratarse de sus propias ideas que fluían, como calima, hartas de estar prietas en su sesera. Sus ojos siempre te miraban, ora para hablarte, ora para oírte, más tarde para asaetearte. Los anteojos, en lugar de esconderlos, parecían distinguirlos. Don Francisco respondíame, diría yo, con cierto regocijo:

—Me olvidé, amigo Alonso, que de donde yo vengo es un lugar como no hay otro. En asuntos de política antes se aprecia el relincho o el rebuzno, que la acción noble y honesta. Lo que se debe decir ha de ajustarse y medirse, has de sentirlo al decirlo, pero no es bien mirado decir cuánto se siente.

–¿No diréis que se prefiere al mentiroso antes que al que prodigare la verdad?

–Alonso, lo que pretendo deciros es que se viene a dar por cierto que un hombre siempre os podrá traicionar. La elección será entre un traidor torpe o uno apropiado y oportuno...

–Y fuera de la política, decidme, ¿qué deseáis en mayor medida: al oportuno o al honesto? –quise forzarlo a determinarse.

–A un honesto oportuno. –Sonrió con su respuesta–. ¿Por qué conformarse con menos? Puesto que nadie termina siendo como cada cual queremos, no queda más que hacerles ser como cada uno quiera que sea... Es decir, vuestra merced, a mi juicio, debía enseñarle a cómo ofrecer mejor servicio y no ceder ante él porque en lo demás sea cumplidor.

A través de la ventana pude ver a Ana e Isabel, esposa la una e hija la otra de Francesc, que ya acudían con algunas viandas. Intenté cambiar el tema de conversación para no ser escuchados por ellas:

–Si tenéis apetito, don Francisco, presto estáis a calmarlo, pues veo llegar a mis criadas con las primeras raciones.

–En buena hora sea, pues ya sentía la honda llamada del hambre en mis entrañas.

Doña Ana y su doncella hija dejaron algunos alimentos para aliviar la espera de dos pichones que estaban cocinándose. El pan aún estaba humeante y formaba un mágico fantasma en el aire que nos incitaba a dar cuenta de aquellos manjares, sencillos y todavía escasos. Una mesa con comida es vida. Las aceitunas verdes y partidas con un ligero sabor amargo, el queso no muy tierno y tampoco en exceso duro, higos secos, nueces y almendras repartíanse el espacio que nos separaba a don Francisco y a mí. El

brillo dorado de la aceitera ocupaba el centro, junto al pan; la unión de ambos era oro para el paladar sencillo.

–¿Sabe vuesa merced que ya está aquí el anticristo?

Temí que se tratara de una añagaza más y no quise descubrirme en mi torpeza; opté por guardar silencio y esperar que prosiguiera.

–Pero tiene mil caras –añadió, como imaginé– o bien son miles de ellos... y pretenden confundir con un antimilagro. ¿Conocéis el milagro de las bodas de Caná? –Asentí.

–Pues bien –prosiguió–, estos anticristos son siempre taberneros que no cesan de convertir el vino en agua, al contrario que nuestro Señor. Es por esta sencilla prueba que reconozco donde se halla el demonio. ¿Acaso lo seréis vuesa merced?

–Os aseguro, don Francisco, que si mi vino tiene agua es la que bebió la uva o la ha añadido el comerciante que me lo vendió... Presto lo trae Francesc.

Al punto que mi sirviente lo escanció, ávidamente tomó un buen trago y, mirándome, se quedó en silencio, hasta que sentenció:

–Amigo Alonso, ¡estáis en gracia de Dios!

Recreamos el ánimo con este ingenio de mi invitado. Mientras, comenzábamos a dar cuenta de los alimentos y, aprovechando la buena disposición en la que nos hallábamos, traté de entrar en la plática que yo esperaba:

–Ya que vuesa merced conoce tan bien la corte algo podréis contarme, digo yo.

–¿Queréis que os diga cómo es la corte? –Asentí, como era natural–. Os lo diré en pocas palabras. Es una enorme confusión de mendigos, menesterosos y doncellas vendedoras de virgos que al comprarlos nunca encuentras.

–Habláis de Madrid –expresé casi decepcionado.

–Así es, «la corte».

–Pero no de palacio... –advertí mi deseo.

–Alonso, vuestras principales artes no son las del arbitrio y regimiento de propiedades como éstas, ¿no es así?

–Bien lo sabéis.

–Y a fe que no me equivoco si acierto a pensar que no sois un asesino.

–Yo diría que no –dudé un tanto.

–Por vuestra fama, o la de vuestra espada, puedo suponer que habéis sido soldado. –Asentí–. ¿Qué quiere saber un soldado de la corte? Os pregunto esto porque mi experiencia me indica que el soldado poco ambicioso parece querer sólo pendencia, mujeres complacientes y holganza. En cambio, el que ambiciona tiene ansia de poder y riqueza. ¿Qué quiere un soldado como vuesa merced? Si lo decís, sabré qué contaros y tal vez regalaros, en pago a vuestro servicio y celo, con favores de vuestro agrado.

Ana e Isabel entraron de nuevo. Traían unos pichones humeantes. El pan estaba ya frío, pero el hambre andaba en plena quemazón y los ojos delataban, sin misterio, el descaro propio de ese estado. Yo jamás almorzaba con tanta opulencia; más bien, de forma principal, no almorzaba. La familia que me sirve tampoco hace tal cosa; y es posible que malcomiéramos todos durante unos días por aquel modesto festín. Tal era la situación, que Francesc, situado tras la espalda de mi ilustre invitado, hacía me con apremio señas de bulto para decirme que no pidiera más alimentos.

–Francesc –díjele–, no andéis lejos por si necesitamos más comida.

–*Ens ha fotut el senyor!* –respondió mientras se alejaba.

Don Francisco alzó la cabeza y, con una expresión que se me antojó burlona, me preguntó:

–¿Conocéis la lengua catalana?

–No.

–¿Sabéis qué os ha dicho vuestro sirviente? –insistió.

–Sí. Utiliza mucho esa expresión y parece ser que significa: «Lo que diga el señor», al menos es lo que él me cuenta si es preguntado. ¿Acaso sabe vuestra merced si tiene otro sentido? –Según le hablaba sentí la duda.

–¿Qué podré deciros yo? No soy catalán. A fe que estáis en gracia de Dios –recitaba mientras paladeaba un buen trago de vino–. ¿En qué estábamos cuando trajeron estos manjares? ¡Ah! ¡La corte! No sé si sabréis que me crie en ella. Sus entresijos me acompañaron desde la infancia; para mí, pariente era todo el mundo de palacio. Os aseguro que no conozco familia peor avenida Pero aún no habéis respondido a la pregunta que os hice: ¿sois acaso un soldado ambicioso?

–Ya no soy soldado, tan sólo un curioso que os pregunta. –Decidí actuar con menos comedimiento y con un punto de ironía–. No todos los días un hombre encuentra en peligro a una persona tan principal, la salva y acaba invitándole a su casa.

–Tampoco es usual que él acepte esta invitación.

Sonreímos con su ocurrencia y pareció que nos íbamos entendiendo. Ya no había lugar a la lisonja y me decidí a sonsacalle sin más reparo:

–Justo es que tal ocasión depare de tan ilustre invitado una provechosa información, sin más intención que la holganza y el ameno entretenimiento. Si eso no os molesta.

–Alonso, tan ilustre invitado, como me tituláis, más cerca os pone del cadalso que de la amenidad. No soy hombre codiciado más que para el escarnio. Porque, aunque zorro viejo sea, no aprenderé, ¡válgame Dios...! Mirad lo que hoy os digo, muy a mi pesar no tardarán estos huesos, que sostienen cuerpo tan desigual, en ver la cárcel.

—Pero ¡qué decís! ¿Por qué han de encarcelaros? Sin ánimo de contrariaros os pregunto.

—¿Por qué he de contrariarme? Únicamente hay un motivo por el que puedan encerrarme, y es por decir la verdad; por decir lo que desta manera siento. Baratas están las lisonjas y, cuando se ofrece un obsequio de valor, creedme, Alonso, como es el consejo sabio, el proceder honesto y la palabra avisada, se paga con el desaire, la desconfianza y aun la prisión. Vuesa merced me pregunta por qué han de apresarme, lo mismo me pregunto yo. Pero si viejo soy para tener cuidado, también para adivinar que no tardaré en caer en desgracia. Un descuido, una debilidad..., incluso nada, y puede suceder.

—Decidme qué verdad es ésa, os ruego.

—Son muchas las verdades; la mayor con todo, y que las aúna, es que somos un barril de pólvora que no tardará en estallar.

—En verdad, don Francisco, que no os sobra entusiasmo.

—Pero ¿quién puede tener entusiasmo? Muchas cosas son evidentes. Cualquier villano las puede ver sólo con mirar alrededor y no ser ciego.

El mismo ímpetu de sus palabras hízole incorporarse y hacer el gesto de mirar por la ventana, como si escenificara el acto de ver esos hechos que había pronunciado.

—Claro está —añadió— que ya no son los tiempos de Felipe Segundo...

—¡Pero este Imperio es el más grande que vieron los siglos! —exclamé para combatir lo que se me antojó derrotismo—. Aún no se pone el sol en España.

—El sol no se pondrá, como decís, mas el cenit es pasado. Ya se adivinan las primeras sombras del ocaso.

—¿Creéis que Francia acabará venciéndonos la guerra? —pregunté por si conocía noticias premonitorias.

—Alonso, alguien nos vencerá. Si no es Francia, será Inglaterra o la misma España, que es lo peor... —Pensó un momento—. Antes os decía que cualquiera puede ver que hemos realizado hermandad con el hambre, a pesar del gran almuerzo que habeisme brindado; siendo grandes y principales parecemos pobres. ¿Qué había de suceder si gastáis más de lo que podáis ganar? —Diome silencio para pensarlo—. Pues eso sucede con la Hacienda Real. Cerca de diez años hará que las remesas de Indias portan, cada vez, menos oro y plata.

—Pero el dinero no lo es todo. ¡Válgame el cielo! —Quise resistirme a pensar en el futuro con ojos de usurero—. Yo no entiendo de gobiernos, pero sí de derrotismo. También se está cebando la adversidad con España. ¿Acaso no os parecen suficientes infortunios las terribles pestes, como la del dieciséis, los campos que no se cultivan y la despoblación? Por poca remesa de oro y plata venida a través de los mares, el Imperio es rico, el honor alto... —Parecían atropellarse mis argumentos, sin acabar a decir ninguno—. Me resisto a pensar, don Francisco, que las cosas anden torcidas sólo porque no se sepa administrar. Debéis perdonarme, pero son tantas las murmuraciones que oigo..., y no hay cosa que más me pese que el desánimo fácil, sea en la guerra o en la paz.

—Favor, mi don Alonso, no os ciegue la palabrería que gastan los generales, ni el susto de las viejas a las pestes, las difterias, los garrotillos y las viruelas. Vuesa merced no come victorias ni honores, y cuando a un pueblo le quitan el pan, le dan cuchillos para defenderlo.

—Voto a tal que me confundís. —Necesitaba un respiro para pensar y entender su discurso.

–Escuchad, si sabéis oír: el infortunio es pasajero si es accidente, pero puede ser de por vida si no hay seso para medirlo.

–¡No creeréis, acaso, que las pestes o las plagas son fruto del hombre! –interrumpí al pronto.

–No diría tal cosa, aunque el tiempo revelará certezas. Si tenéis paciencia, o yo no la pierdo, intentaré exponeros mi impresión.

Tomose un respiro para buscar un punto de calma y prosiguió:

–Un jesuita llamado Hernando de Morales advirtió que deje el rey las guerras y perder Flandes, que tanto han empobrecido España y que tan poco útil se le sigue y tantos daños y gastos se recrecen. Los ejércitos cuestan millones de ducados, tal vez más de cuarenta. ¿Y qué le sigue? La peste, el hambre y la pobreza a cambio de una efímera gloria. ¿Recordáis la gesta de Breda?

–A fe que allí estuve –apostillé.

–Pues habéis de saber que el Conde Duque la ofreció a cambio de Pernambuco, a la sazón arrebatada a la corona por otras circunstancias.

–¡No puedo creerlo! Aquél fue mi bautizo en campaña. –Rememoré los amigos caídos en aquel largo asedio y en la propia satisfacción de Ambrosio de Spinola al recoger las llaves de la ciudad, de manos de los vencidos, con su recta elegancia.

–Sólo que la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales se negó a semejante intercambio. La gran gesta no valía un Pernambuco. ¡Cuántos dineros dedicados a apurar la postrera hora de la muerte de tantos a beneficio, si lo hay, de tan pocos! Mientras, el pueblo agoniza de hambre. Con un maravedí de antaño se hacen dos hogaño... Si administráis así vuestras heredades os aseguro que a

poco os quedaréis sin ellas. Que hay plagas me decís, mejor que ocurran con el bolsillo lleno a que esté vacío. Que grande es el Imperio, pero un día puede acabarse, y más si no cesamos de entrar en batallas que no valen su precio en vidas.

–Sigo pensando que, aunque digáis verdad...

–¿Dudáis acaso?

–A pesar de cuanta verdad digáis –maticé–, habría de considerarse que el Imperio es grande; y cuando grande es una casa mayores gastos convienen para su mantenimiento, aunque de tantos, algunos sean mal empleados. No puede ser rey todo un pueblo y gente como vuesa merced que de todo gesto hacen tragedia.

Detuve un instante mi discurso para tener un resuello y tratar de asentar mis palabras. Pero esto sirvió más bien para que resonara en mi mente algo que había dicho don Francisco poco antes sin que yo le prestara la debida atención. A cuenta de esas anteriores palabras dije:

–Estaba pensando que, de cuanto habéis dicho, me impresionó sobremanera el comercio de Breda que acabáis de relatarme. Si así fue, paréceme ingrato comerciar con el dolor de todos aquellos que estuvimos luchando; y más todavía con los que no volvieron de tan bella tierra y yacen sepultados en ella.

–Alonso, os duele Breda porque estuvisteis allá, pero más debía doleros si vuestro corazón estuviera en cualquier lugar, porque todos vuestros súbditos os interesan, como debía ser en todo hombre de Estado.

–También habéis dicho que es la propia España la que puede vencer a ¿España? No entiendo qué queréis decir.

En esto que inició un paseo por la sala, tal vez para hacer bajar el pichón en su tripa. Yo me acomodé de forma poco caballeresca, apoyando mis pies sobre la mesa;

el vino debió ablandarme los principios de cortesía y, por lo que iba viendo, aderezar la lengua de don Francisco. Quevedo comenzó a hablar de nuevo con el tono quedo, como el de quien confía un secreto o teme ser espiado... Por no pensar que con esto pretendía hacerme estar más atento.

–Si vuesa merced quiere, en verdad, saber por qué digo esto, habrá de permitirme que le cuente una muy breve historia.

Tomó un respiro y prosiguió:

–Sabéis que fui consejero del duque de Osuna cuando fuera virrey de Nápoles. En una ocasión de las que vine de aquellas tierras traje unos regalos, pues en tiempos de Lerma estaba al uso. Bien, para que podáis comedir cómo es la corte os diré que no sólo aceptaron los regalos, pues para eso fueron traídos, sino que los objetos de plata fueron fundidos para hacer monedas y se aprovechó hasta la madera del embalaje. Más me pareció aquella obra de miseria y deshonor que de gente de alta consideración, como había de figurarse.

Don Francisco, con sus relatos, me contradecía el parecer que por entonces tenía de la grandeza del corazón del Imperio. Pero para mi satisfacción prosiguió contándome pormenores.

–Lo peor de todo, Alonso, no es la existencia de tales personajes en la corte, pues, donde abunda la grandeza, igual de grande es su atracción para lo bueno como para lo indeseable. Lo que es menester y hace valioso a un gobierno es la cabeza, el ingenio y la claridad de quien dirige. Y esto es lo que me preocupa. En buena parte os doy la razón, no es lo más importante el dinero y cierto es que las desgracias no acuden a requerimiento de quien rige nuestros destinos en lo humano, como he creído entenderos

que queríais decir, sino en el poco seso y en el escaso interés de escuchar buenos consejos. La cerrazón del entendimiento es peor que no tenerlo, es no querer usarlo.

En esto, acercose y apuró su vaso. Me pareció haber visto vivir y morir a mi invitado en el poco tiempo que había transcurrido desde nuestro encuentro. No tuve el atrevimiento de pronunciar palabra alguna por si desviaba su discurso, que tanto me estaba interesando. Aun así, como calló unos instantes, temí que entrara en reserva y decidí animarlo a continuar.

—¿No consentirá vuesa merced que llegado a este punto no termine su exposición?

Don Francisco pareció revivir de repente; no podía resistir un reto, como imaginé. Acostumbrado a enfrentarse a gente más poderosa, no iba a rehusar hablar conmigo:

—Sois anfitrión impaciente, por joven, y curioso, por lo que veo. Mucho queréis conocer en exceso para cuanto os conviene y los méritos que tenéis. —Don Francisco me decía cuál era mi lugar, pero un buen soldado sabe encajar las acometidas cuando son precisas y con mayor motivo si de ello obtiene beneficio—. De cualquier modo, ¿quién os dijo que hubiera terminado? ¿Creéis, acaso, que, si arriesgo mi persona cuando escribo o digo verdad, callaría con vuesa merced con quien nada pierdo?

—Creedme que, a pesar de parecer impertinente, es tan de mi interés cuanto podáis decir que temo decidáis no proseguir; sea por mi merecimiento, sea por vuestra discreción.

Quevedo advirtió el tacto con el que me estaba expresando y debió parecerle suficiente, porque prosiguió con el asunto:

—El Conde Duque es hombre de seso, mas su soberbia le ha comido el entendimiento. Pretendió borrar la

corrupción de la corte, advirtió cuán necesario sería unir a todos los reinos para el bien común y sin duda trátase de un hombre culto y estudioso, pero al fin confunde su persona con España.

—¿Y el rey?

—¿El rey? Es un real hombre sepultado. Enterrado en El Buen Retiro; el Conde Duque le hizo un presidio de oro en ese lugar. Apartado de la realidad para realzar su grandeza donde sólo le llega la España de Olivares. Y no creáis que su majestad no es hombre que entienda, pero el aparato orquestado a su alrededor por el valido lo ha maniatado; eso sí, con lealtad. —Hizo una pausa—. Gaspar de Guzmán oprime a los que le alimentan, es decir, al pueblo y a los nobles; como si todo el orbe tuviera que enmendarse a su entendimiento. Incluso quiso desplazar a Santiago como patrón de España, elevando su devoción por santa Teresa a ser ésta la patrona... En su celo acabará por cavar su propia sepultura. Un hombre poderoso lo es más si sabe conjugar con fidelidad las armas de un buen gobierno; esto es, la firmeza con la prudencia, la pena con el favor, recibir con entregar. Pero en su fe ciega por la causa de la unión de armas, que se me antoja conveniente, no mide sus actos y peticiones, mostrándose por ello los reinos turbulentos.

—¿Se refiere vuesa merced a los acontecimientos habidos en Portugal? —le pregunté a propósito de algunos comentarios que pude oír.

—De Portugal y de lo que se avecinará en Cataluña, de no haber algo de entendimiento, es a lo que me refiero.

En esto que entraba Francesc con más vino y algunos frutos secos. Al dejar la jarra se encogió de hombros como si quisiera preguntarme algo. Adiviné que su interés debía haberse despertado al escuchar a Quevedo nombrar a Ca-

taluña, pero no acerté a interesarme por sus cuitas y con un gesto disimulado pedí que se marchara.

–Perdone vuesa merced, pero no sé qué está ocurriendo en Cataluña –reconocí mi ignorancia a mi invitado.

–En esas tierras no se conocía un rey desde el siglo pasado. Era obligación de un monarca preocuparse de sus reinos, pero cuando al fin apareció su majestad fue para pedir dinero y las cortes se tornaron hostiles. ¿Y cómo no iban a serlo? Estaban pidiéndoles un quinto por cada año de olvido, a un pueblo que esperaba su real gratitud por donativos a él satisfechos. Hacía mucho tiempo que aguardaban a su rey, al que querían satisfacer quejas contra los funcionarios reales..., y su majestad pedía dinero... Fijaos, Alonso, «dar para recibir» es una buena máxima, ya lo adelantó nuestro Señor antes de que nacieran nuestros reyes.

–¿Y qué sucedió después? –pregunté con curiosidad.

–Dos veces, al menos, marchó el rey sin conseguir sus propósitos. Al final hubo un dinero, mucho menos de lo que quería Olivares. –Juraría que disimuló una sonrisa–. Os diré que después de declarar Francia la guerra a España tampoco quiso Cataluña aportar soldados; aseguran allá que no servirán al rey fuera de sus tierras. No digáis, mi don Alonso, que nada de esto llega a Toledo.

–Debo confesaros que algo pude escuchar en Zocodover, pero no gran cosa –argumenté a modo de disculpa.

–¿Y en esa tan concurrida plaza tan poco se conoce de cuanto sucede?

–Veréis, don Francisco, un medio de verdad, un mucho de mentira, suele ser lo que se comenta en estos lugares, y poca atención presto por ello. Pero mi interés ha crecido escuchando a vuesa merced, que de primera mano me relata los sucesos.